



una anatomía femenina: pero festuz y cuer-  
po están abundados con corrección.  
Le satica su dimensión mágica y su pro-  
funda plasticidad: en cuanto a la índole  
de sus elementos, juntas deja de coexistir  
en ellos una adherencia profesional, la tec-  
ción de un genial y entoquecedor catedra-  
tico de Bellas Artes.  
A causa de todo esto, Picasso puede sig-  
nificar la "nueva reacción", la Academia  
sincronizada con arreglo al siglo del  
nacimiento.  
Lo que no sabemos, a todas estas, es si  
Picasso no habrá acabado con la pintura.  
Según la investigación moderna, el arte  
es un proceso de metamorfosis. Si el arte  
debe continuar a través de obras como las  
de Picasso, el arte sería un proceso de Apo-  
calipsis, y ya se sabe que el Apocalipsis  
debe preceder al fin del mundo. El Apo-  
calipsis picassiano puede preceder al fin  
del arte de los pintores.  
El arte de pintar es cielo. No hay nada  
que no nos autorice a conjeturar su extin-  
ción como un hecho imposible, de la mis-  
ma forma que se produjo el fin del arte de  
la tapicería, del mosaico, de la miniatura  
y de la alfilería, en relación con lo que  
fueron y con lo que no pudieron seguir  
siendo.  
En esta faena funeraria, los picassianos  
han sido mucho más mortíferos que el pro-  
pio Picasso, en cuanto han llevado su su-  
misión al coloso hasta el punto de no re-  
signarse a no ser más que Picasso expiados  
o Picasso enanos. Lo difícil no es pintar  
como Picasso. Lo difícil es descubrir lo que  
cien años de su maravilloso sexto sentido,  
Picasso mató la gran técnica, la gran ar-  
tesanía, la gran materia, porque no le ha-  
cían falta para ser lo que ha sido: y lo que  
es peor, mató la sensibilidad que nos per-  
mitía creer que todas estas cosas, juntas,  
podían hacer un tipo de pintor.  
Ahora parece que todas esas cosas jun-  
tas sólo pueden hacer un tipo de pintor  
sin interés, y que el simple ejercicio de la  
pintura, si no va acompañado de un ejer-  
cicio del aburrimiento.

El arte que se refiere hoy a Picasso no  
designa el nombre de un pintor o de una  
estética: designa una invasión. Una bacte-  
riología. Una tribu de sicarios que se  
creen tan grandes como él, porque po-  
nen un espejo ante lo que él pintó y a con-  
tinuación ponen su firma en el espejo.  
Usando de su maravilloso sexto sentido,  
Picasso mató la gran técnica, la gran ar-  
tesanía, la gran materia, porque no le ha-  
cían falta para ser lo que ha sido: y lo que  
es peor, mató la sensibilidad que nos per-  
mitía creer que todas estas cosas, juntas,  
podían hacer un tipo de pintor.

Por eso el picassismo ha producido tan  
pocos nombres propios, y si tantos sub-pi-  
cassos, picassitos y otras consecuencias mi-  
crobiales de su proeza.  
El arte que se refiere hoy a Picasso no  
designa el nombre de un pintor o de una  
estética: designa una invasión. Una bacte-  
riología. Una tribu de sicarios que se  
creen tan grandes como él, porque po-  
nen un espejo ante lo que él pintó y a con-  
tinuación ponen su firma en el espejo.  
Usando de su maravilloso sexto sentido,  
Picasso mató la gran técnica, la gran ar-  
tesanía, la gran materia, porque no le ha-  
cían falta para ser lo que ha sido: y lo que  
es peor, mató la sensibilidad que nos per-  
mitía creer que todas estas cosas, juntas,  
podían hacer un tipo de pintor.

El arte que se refiere hoy a Picasso no  
designa el nombre de un pintor o de una  
estética: designa una invasión. Una bacte-  
riología. Una tribu de sicarios que se  
creen tan grandes como él, porque po-  
nen un espejo ante lo que él pintó y a con-  
tinuación ponen su firma en el espejo.  
Usando de su maravilloso sexto sentido,  
Picasso mató la gran técnica, la gran ar-  
tesanía, la gran materia, porque no le ha-  
cían falta para ser lo que ha sido: y lo que  
es peor, mató la sensibilidad que nos per-  
mitía creer que todas estas cosas, juntas,  
podían hacer un tipo de pintor.